

## Semana 3: “El cuerpo de Cristo”

### Día 1: Prefacio

Estás entrando a la tercera semana de tu nueva vida, hemos entendido la identidad del cristiano, también aprendimos acerca de la importancia de la Palabra de Dios, ahora repararemos en la importancia de estar en el cuerpo de Cristo: la Iglesia.

Para eso tendremos el siguiente texto base:

Todos los creyentes se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas (entre ellas la Cena del Señor), y a la oración. <sup>43</sup> un profundo temor reverente vino sobre todos ellos, y los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y maravillas. <sup>44</sup> todos los creyentes se reunían en un mismo lugar y compartían todo lo que tenían. <sup>45</sup> vendían sus propiedades y posesiones y compartían el dinero con aquellos en necesidad. <sup>46</sup> adoraban juntos en el templo cada día, se reunían en casas para la Cena del Señor y compartían sus comidas con gran gozo y generosidad, <sup>47</sup> todo el tiempo alabando a Dios y disfrutando de la buena voluntad de toda la gente. Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos (Hechos 2:42-47 NTV).

Ahora que hemos sido añadidos a la Iglesia mediante el poder de Dios (Hch. 2:41), debemos saber cómo se llega a ser parte del cuerpo (Iglesia), y qué se debe hacer en esta comunidad. Estos versículos nos muestran la importancia de la vida cristiana en el primer siglo, además, son un gran ejemplo hoy para nosotros.

Debemos destacar que la iglesia ya estaba planificada por Dios desde mucho antes de su institución, es decir, ya estaba en su mente (Ef. 1:4; 1 P. 1:20). Dios ha manifestado su amor y su preocupación por sus criaturas a lo largo de la historia; podemos apreciarlo a través de su llamado a Noé para construir un arca (Gn. 6), a Abraham para salir de su tierra (Gn. 12), a los israelitas a abandonar Egipto (Ex. 3), a salir de la cautividad en Babilonia (Je. 29:10).

Nosotros también hemos escuchado el llamado de Dios; primeramente, por su hijo Jesucristo, quién afirmó que establecería su iglesia (Mt. 16:18) y en Él serían benditas todas las naciones (Ga. 3:16). Jesús nos escogió para ser sacerdotes reales, para ser una nación Santa; nos llama de la potestad de las tinieblas a la luz (1 P. 2:9); nos compró con su sangre (1 Co. 6:20), todo lo hizo para que saliéramos del mundo y nos uniéramos al cuerpo de los salvados.

Podemos notar aquí el llamado de Dios por medio de su siervo el apóstol Pedro. Durante aquella mañana, Pedro predicó al Jesús crucificado que había sido hecho Señor y Cristo por medio de su resurrección; es decir, les predicó el Evangelio. Todo esto ocurrió durante Pentecostés, la fiesta de los cincuenta días, fecha en la cual gran cantidad de judíos de diferentes regiones del imperio estaban congregados en Jerusalén para celebrar las fiestas (Hch. 2:36).

El amor, la promesa y la fidelidad de Dios se ven en todo el proceso de la conversión del perdido a la salvación. Para ser añadido a Cristo es necesario escuchar el llamado de Dios, ser conmovido (compungido) por la Palabra, reconocer que estamos en pecado (arrepentimiento) y obedecer al llamado a través de bautismo.

Repasemos un poco, ahora estamos en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, el reino, o la familia de Dios (Col. 1:13,18; 1 Ti. 3:15; Hch. 2:47), todo esto por la voluntad de Dios. Él nos ha añadido, nos llamó y hemos obedecido a su llamado; por lo tanto, tenemos un compromiso con la familia, tenemos responsabilidades, somos útiles como miembros de un cuerpo, el cuerpo de Cristo.

#### **Preguntas para reflexionar:**

¿Qué es lo que Dios ha hecho por nosotros los pecadores para mostrarnos su amor?

¿Al estar ahora en el cuerpo de Cristo, qué se siente ser parte de la familia de Dios?

#### **Día 2: “Visión del autor”**

Antes de comenzar, tómate el tiempo para leer nuevamente Hechos 2:42-47. En su primer tratado, es decir el Evangelio según Lucas, nos relata acerca de la vida de Jesús, en su siguiente tratado (Hechos) nos muestra cómo comenzó el cristianismo, la iglesia o el cuerpo de Cristo. Había una gran multitud en Jerusalén que había ido para festejar Pentecostés, en ese mismo momento los apóstoles se encontraban en el Aposento alto, esperando como Jesús les había ordenado. Durante este día, la promesa de Jesús se cumplió, el Espíritu Santo llega sobre cada uno de ellos, y llenos del Espíritu, empezaron a predicar.

Es Pedro quien toma la batuta, comienza su predicación hablando sobre el cumplimiento de una promesa referente a Jesús, a quien ellos crucificaron; pero a quien

Dios resucitó e hizo Señor y Cristo. Cuando Pedro notó que se habían compungido de corazón, culminó su sermón con una invitación al arrepentimiento y bautismo para el perdón de pecados y recibir el don del Espíritu Santo (2:38).

Son tres mil personas las que obedecen el mensaje del apóstol Pedro, en el momento en que son bautizados también son añadidos al cuerpo de Cristo, la iglesia (2:41). La palabra iglesia proviene de la palabra griega “ekklesia”, esta es una combinación de dos palabras: “ek”, que significa “fuera de”, y “klesia”, que significa “llamar”. literalmente significa “los llamados a fuera de”; así es que cuando hablamos de la iglesia del Señor, nos referimos a “los llamados a fuera que pertenecen al Señor”.

Repasemos cómo Dios cumple su promesa al enviar el Espíritu Santo sobre los apóstoles. La primera predicación de los apóstoles es acerca del Evangelio, de Jesús crucificado y resucitado; enseñan sobre la necesidad de obedecer con arrepentimiento al llamado de Dios, el bautizarse para perdón de los pecados y ser añadidos a la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo.

**Preguntas para reflexionar:**

¿Cuál es el tema central de la prédica de Pedro?

¿Cuántos obedecieron y fueron bautizados?

¿Para qué fueron bautizados?

¿Al ser bautizados a qué fueron añadidos?

**Día 3: “Vida en tiempos bíblicos”**

Releamos Hechos 2:42-47. Será necesario entender un poco más sobre los significados de las palabras sumergir, lavar, purificar o bautizar; y cómo estas eran parte importante del judaísmo. Los rituales de purificación judíos (Mikvah) adoptaban dos formas principales para aquel entonces: el Tevilah era una inmersión de cuerpo completo en una mikve (una especie de estanque o cisterna), y el netilat yadayim que era el lavado de manos con una taza.

Esta costumbre remonta muy atrás desde el Sinaí, cuando se encuentra la primera limpieza ceremonial documentada; el Señor le dijo a Moisés “Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y haz que laven sus vestidos” (Ex. 19:10). También encontramos el caso

de Aarón y sus hijos que fueron lavados antes de ser vestidos con las ropas sacerdotales (Ex. 29:4; 30:19-21; Lv. 8:6).

Una persona ritualmente impura (Lv. 11–15) necesitaba ser lavada ceremonialmente para poder ser aceptada ante Dios (Dt. 21:1-9). En algunas ocasiones, se trataba de un lavado general (Lv. 14:8; 15:5; Nm. 19:7-8), dicho lavado se podía realizar en diversos lugares: agua de manantial (Lv. 15:13), un estanque (Jn. 9:7), un río (2 R. 5:10) o el patio de una casa (2 S. 11:2).

Al parecer, existía también una especie de ceremonia de iniciación para incorporar a los gentiles al judaísmo mediante un lavado ritual, muchos prosélitos que adoptaron el judaísmo y sus costumbres eran sumergidas como señal de su nuevo comienzo.

Otro ritual de transición que tenía que ver con un lavado ritual era el Mitzva, cuando se convertían en adultos y alcanzaban la madurez personal frente a su comunidad. A los 13 años todo varón judío adquiría la obligación de observar los mandamientos de la ley, haciéndose responsable de todos ellos, y miembro activo de una sinagoga.

Estos rituales eran parte de sus costumbres y prácticas diarias; ejemplo el lavarse las manos en varias ocasiones, antes y después de comer una comida con pan; al despertar por la mañana; después de usar el baño y antes de la oración. Las rutinas de lavamientos las entendían muy bien, así que no era nada nuevo escuchar a Pedro ordenarles que se bautizaron para el perdón de sus pecados, ser añadidos al cuerpo de Cristo e iniciarse en una nueva comunidad.

Para que ellos entendieran la necesidad de bautizarse, tuvieron que escuchar el mensaje de Pedro invitándoles a cambiar sus vidas, participando del lavamiento; de la misma manera, para que usted tomara la decisión de ser cristiano alguien tuvo que haberle predicado la Palabra. Por lo que, podemos afirmar que esa palabra sigue siendo efectiva actualmente.

Así como ese pueblo esperaba de Dios su misericordia y su gracia en el día de pentecostés, hoy también necesitamos. Este pasaje nos muestra la vida de esos primeros cristianos: una vida de adoración (42), de comunión (44), de servicio, de solidaridad (45-46), de preocupación los unos por los otros; una vida aprobada por la gente de afuera (47).

“Cristo es la cabeza” esta metáfora se usa primeramente en Efesios 1:22-23; este pasaje no solamente enfatiza que Cristo es la cabeza de la iglesia, sino que llegó a ser la cabeza después de su resurrección y exaltación. Al ser parte de su cuerpo debemos estar unidos con Él, además debe haber unidad y cooperación entre los miembros de ese cuerpo, siendo miembros los unos de los otros.

Repasemos, somos parte del cuerpo de Cristo y Él es nuestra cabeza y el Señor de nuestras vidas. Adoramos Juntos, nos servimos los unos a los otros, somos útiles para el cuerpo. Como somos parte de Su cuerpo, debemos estar unidos con Él, debe haber unidad y cooperación entre los miembros de su cuerpo.

**Preguntas para reflexionar:**

¿Cuán importante es para usted su obediencia?

¿Cuánta bendición hay para alguien que obedece la Palabra de Dios?

¿Cómo mostraron su obediencia en ese día y como lo mostramos nosotros hoy?

¿Estamos dispuestos a dar de lo que tengamos a los demás?

**Día 4: “Palabras para atesorar”**

Como parte del cuerpo de Cristo, ¿cómo entendemos la palabra “perseveraban” o “dedicaban” a algo en específico? Como lo hacía esta primera comunidad, nosotros también debemos hacerlo (Hch. 2:42) mantenernos en la doctrina o enseñanza de los apóstoles, la comunión diaria y las oraciones. Los cristianos seguimos las mismas prácticas de esa primera comunidad.

La nueva iglesia inmediatamente tomó el hábito de practicar, entre otras cosas, cuatro acciones principales a lo largo de sus nuevas vidas perseveraban bajo la guía de los apóstoles (Hch. 2:42). Estas prácticas eran la doctrina, la comunión, el partimiento del pan y las oraciones.

La doctrina de los apóstoles: los primeros cristianos comenzaron a seguir y vivir según las enseñanzas de los apóstoles, esto debido a que ellos eran los principales testigos de Cristo, se enfocaban en proclamar a Cristo como crucificado, resucitado y exaltado por Dios, hecho Señor y Salvador.

La comunión: perseverando en la “comunión unos con otros”, compartiendo para las necesidades de esta vida. Los recién convertidos comenzaron a vender sus posesiones, sus tierras y a dar a los apóstoles para que estos repartieran el producto a cualquiera que tuviera necesidad durante este tiempo (Hch. 2:45).

El partimiento del pan: los convertidos comenzaron a “partir” el pan juntos, es decir, comían juntos (Hch. 2:46). Lo que en realidad estaban haciendo era un acto de adoración en respuesta a la doctrina de los apóstoles. Esto, al menos en parte, era algo completamente nuevo para ellos, mientras que el partir el pan no era nada nuevo. La comida en la que perseveraron juntos era la Cena del Señor (1 Co: 11.20–28).

Las oraciones se realizaban por medio de aquél que había muerto en la cruz, Jesucristo (1 Ts. 5:17,18); a él se le reconocía como Señor y Cristo (Hch. 2:36) y como el mediador de ellos (1 Ti. 2:5). Esta misma enseñanza está disponible en los libros del Nuevo Testamento, ¿estamos nosotros tan ansiosos por aprender acerca de la voluntad de Dios como aquellos primeros cristianos? ¿Perseveramos realmente en la lectura y el estudio de la Palabra? ¿Lo hacemos continuamente? ¿No sería maravilloso ser parte de una congregación como la que se describe en Hechos 2:42-47?

La palabra “comunión” nos enseña que vivieron juntos, unánimes, preocupándose los unos por los otros, este principio es completamente aplicable hoy día para que nosotros sigamos esos ejemplos. Necesitamos recordar que somos una iglesia adoradora, reverente, generosa, feliz y que comparte. Debemos seguir las enseñanzas registradas en el pasaje que hemos leído, y ponerlas en práctica, ser parte como un miembro en particular, cada uno aportando al cuerpo de Cristo.

**Preguntas para reflexionar:**

¿Siente esa satisfacción de ser parte de una familia cuando se congrega?

¿Qué actividades de la iglesia le hacen sentir que es parte de una familia?

¿A parte de compartir como familia, qué podemos decir de nuestras necesidades?

## Día 5: “¡Vívelo!”

Estamos llegando al último día de esta tercera semana, repasemos nuestro texto, recordemos las prácticas aprendidas y empecemos a incorporar nuevos principios para afirmarnos en esta nueva familia, el cuerpo de Cristo.

Todos los creyentes se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas (entre ellas la Cena del Señor), y a la oración. <sup>43</sup> un profundo temor reverente vino sobre todos ellos, y los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y maravillas. <sup>44</sup> todos los creyentes se reunían en un mismo lugar y compartían todo lo que tenían. <sup>45</sup> vendían sus propiedades y posesiones y compartían el dinero con aquellos en necesidad. <sup>46</sup> adoraban juntos en el templo cada día, se reunían en casas para la Cena del Señor y compartían sus comidas con gran gozo y generosidad, <sup>47</sup> todo el tiempo alabando a Dios y disfrutando de la buena voluntad de toda la gente. Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos.” (Hechos 2:42-47 NTV).

Como resultado de nuestra obediencia Dios nos ha introducido en su Iglesia (Hch. 2:41.42). Ahora que estamos en Cristo, Él es nuestra cabeza y Señor de nuestras vidas. La única forma de estar unidos a Cristo es estando en su cuerpo, demostrando unidad y cooperación entre los miembros de este. Como miembros del cuerpo nos reunimos para adorar a Dios continuamente, aprendemos de las Escrituras, mantenemos la comunión fraternal, participamos de la cena del señor y oramos constantemente. Así como los miembros del cuerpo dependen de la cabeza, nosotros dependemos de Cristo, no hay vida fuera del cuerpo.

*Hugo Sandoval, Cayambe, Ecuador*